

SINOPSIS

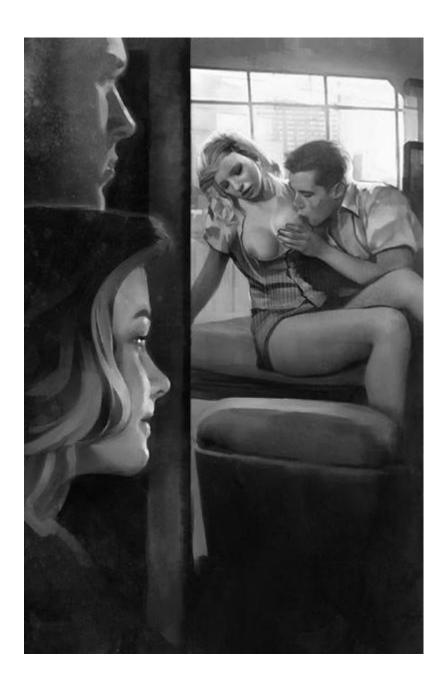
«Pídeme lo que quieras» es lo que la protagonista de la famosa trilogía erótica lleva tatuado en su rincón más íntimo. Con estas palabras cargadas de erotismo y entrega, la narradora nos invita a adentrarnos con ella a esta excitante guía que recorre las escenas más ardientes de la serie Pídeme lo que quieras.

En el transcurso de 50 citas, podrás descubrir las sensaciones que la protagonista experimentaba en estas escenas, que abarcan desde el sexo más fogoso hasta las múltiples vías de exploración de la dominación, el dolor y el goce, y revivir desde otro punto de vista los mejores momentos de la trilogía.

Megan Maxwell

El kamasutra de Pídeme lo que quieras





CITA 1. De espectadora

No conocía las múltiples facetas de una lengua traviesa. Eric movía la suya dentro de mi boca como si tuviera vida propia. Alrededor de mis dientes, aspirando mi lengua y sobre mis labios, que se abultaron ansiosos por devorar los suyos.

«¿Te asusta lo que ves?», me preguntó. Yo no podía apartar la vista. Mi jefa estaba sobre la mesa, con Miguel entre sus piernas. Tengo que reconocer que el chico era habilidoso.

La visión me excitaba, me turbaba, me inquietaba. Sentí una mezcla de vergüenza y confusión. Y al mismo tiempo, mi libido respondía gozosamente ante aquella imagen licenciosa.

Eric se apretó contra mí. Al sentir su torso tan cerca, por primera vez, supe que ya nunca podría negarle nada.

«Mirar no te hará daño», dijo. Mis ojos volvieron al despacho, donde mi jefa se moría de placer y enredaba sus dedos en el cabello de mi compañero.

Imaginé cómo sería al revés, que fuera yo la que estuviera sobre la mesa y el rostro de Eric estuviera entre mis piernas mientras ella y mi compañero nos miraban con deseo.

Me excité aún más, si es que era posible. ¿Acaso me ponía que otros me mirasen? Acababa de descubrir que ser el centro de atención me resultaba deliciosamente morboso.



CITA 2. La luz naranja

Estaba encendida como aviso de algo insospechado y sugerente. «Te lo enseñaré tras el postre», dijo.

Cogió un trozo con la cuchara y me lo dio. El sabor del helado mezclado con la esponjosidad de la tarta era exquisito, como sus besos.

«¿Puedo probar?» Asentí, excitada por la delicadeza del tacto de sus manos en el interior de mis muslos. Para mi sorpresa, no probó del postre, sino de mi boca. Lamió mis labios y mi lengua con fruición, en busca de mi sabor.

Se apartó y volvió a sentarse frente a mí. Me deseó con la mirada. «Te desnudaría aquí mismo.» Mi excitación aumentaba, como el efecto del vino en mi cabeza. Aquella cena superaba mis mejores fantasías culinarias.

«¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?», preguntó. Apretó el botón y desveló el secreto. Dos mujeres se daban placer mutuamente sobre una mesa. Me relamí...

«¿Te excita mirar?» No respondí, estaba acalorada y cohibida.

Sus gemidos llegaban hasta nosotros. Al lado, dos hombres daban placer a una mujer tumbada sobre un diván. Ver su rostro gozoso hacía crecer mi apetito sexual de una forma voraz.

«¿Te gustaría participar?», preguntó. Me pareció un postre apetecible, pero... Aún no estaba preparada para una cena con tantos comensales.



- Libérate de las sábanas y las mantas en la cama durante vuestra sesión de sexo. Enciende la luz y disfruta viendo lo que te hace y cômo te lo hace. El placer necesita de los sultado! cinco sentidos.
- 2. Atrévete a dar un paso más. Lovanta la permana y abre la venta- Michael, pero cobrepasar un poco na. Deja que el mundo vea y escuche tu forma de expresar el placer que sientes.
- de tu câmara de fotos? Haz instantáneas de su rostro mientras se excita. Y deja que después te las haga él a ti. ¡Os sorprenderá el re-
- 4. ¿Lo has hecho en un lugar público? No te digo que seas como George los limites puede resultar tremendamente estimulante.

CITA 3. El vibrador japonés

Nunca habría imaginado que un pantalón corto, una camiseta, y unas zapatillas de Bob Esponja le iban a resultan tan excitantes. Claro que, todo empezó cuando me las quité y me quedé en ropa interior ante sus ojos.

Me bajé un tirante del sujetador, hasta que él me lo arrancó con una mano. ¡Qué maestría!

Los espejos de mi armario me devolvían mi nueva imagen de tigresa. Verme me daba mucho morbo. Fue como descubrir una parte oculta de mí misma.

Me quedé completamente desnuda ante él. Su mirada recorrió cada centímetro de mi cuerpo, cada línea y pliegue de mi piel. Sus ojos sobre mí me hacían estremecer, como si me tocara con la yema de sus dedos.

«Lo deseas», dijo mostrándome el juguete. ¡Cómo negarle algo a un hombre como él!

Sentí su lengua con una mezcla de placer y miedo, pero continué disfrutando. Mientras se relamía, pasaba el vibrador por la cara interna de mis muslos. Se apartó y lo colocó donde antes habían estado sus labios. Creí que iba a explotar cuando aumentó la potencia. Más rápido, más fuerte, más intensidad, más... Arqueé mi cuerpo y estallé de placer.

Mi primera experiencia con un juguete sexual había sido todo un descubrimiento, pero nuestro juego no había acabado aún.



CITA 4. En el aparador

¿Quién se creía que era? Sí, era mi jefe pero yo solía olvidarlo cuando me carcomían los celos. A pesar de todo, Eric me gustaba tanto que no era capaz de resistirme a él.

Me agarró por la cintura y me dio la vuelta, haciéndome caminar hasta el aparador de mi dormitorio. «Separa las piernas», susurró. Éstas se abrieron como si tuvieran vida propia, sin tener en cuenta mi enfado. Dobló mi espalda hacia delante. Entró en mí de un golpe, provocándome un placer indescriptible. Su baile comenzó rápido para después ralentizarse. Cada vez más lento, aminorando la marcha, como si fuera a parar en cualquier momento. ¿Por qué paraba?

«¿Más?», me preguntó. «Sí, quiero más», le contesté, pero él continuó bailando dentro de mí con lentitud.

«¿Qué más quieres?», insistió. «Más», respondí. Mis palabras avivaron su deseo y comenzó a moverse deprisa. Cada vez más rápido, más profundo y más fuerte. Me sentí débil, pensé que iba a caerme. Él lo sintió y agarró mi cintura para sostenerme mientras continuó su baile incesante y rápido en mi interior. Creí que no iba a aguantar ni un segundo más y así fue.

El clímax llegó, haciéndome sentir la inmensidad del placer que Eric me proporcionaba. Instantes después, escuché sus gemidos y sentí su espalda que se apoyaba sobre la mía. Cuando acabamos, mi enfado continuaba. Estaba enfadada pero satisfecha.



CITA 5. Ducha a dúo

Odiaba cuando se ponía borde. Iba a salir del baño decidida a no volver a verle, pero cogió mi mano. «Lo siento, Jud.» Su disculpa me resultó muy excitante. Pero ¿qué me pasaba con ese hombre? Me volvía loca. A veces de cabreo y otras de deseo. Despertaba lo mejor y lo peor de mí.

Intenté soltarme pero no me dejó. Me cogió en brazos y me metió con él en la ducha. ¡Su piel mojada olía tan bien!

«Date la vuelta», dijo. Me negué. Al sentir el agua cálida cayendo sobre mi cuerpo, empecé a doblegarme y a sentirme cómoda entre sus brazos.

Intentó besarme, pero me retiré rápida. Comenzó a reírse y sentí que iba a someterme de nuevo. Le rodeé con mis piernas, me sentía perversa y eso me divertía.

Me apoyó contra la pared y yo me sujeté a una barra de metal. «¿Qué me has pedido?», preguntó. Mis palabras le ponían a cien. La frase que siempre me había parecido tan vulgar, salió de mi boca con naturalidad.

Me agarré a sus hombros para seguir su movimiento, pero no me dejó. Vi el deseo en su mirada. Le volvía loco y me encantaba. «¡Mírame!» Entreabrió la boca. Le deseé con todo mi ser.

Aceleró el ritmo. «Mírame siempre», dijo. Mis ojos se nublaron emocionados. Me agarré a él para seguirle. Clavé mis uñas en su espalda y grité mientras sentía un mordisco en el hombro. El agua seguía cayendo cálida sobre nuestros cuerpos.



CITA 6. REC (SEX)

«Estoy dispuesta a todo»... Contigo, pensé. «¿Sin límites?», preguntó.

Encendió la cámara de vídeo. Grabando...

«Hoy jugaremos con los sentidos...» Se puso unos guantes y en mi mente, ávida de experiencias sensuales, surgieron cientos de posibilidades apetecibles.

«¿Preparada para jugar?» Ser acariciada por la tela sutil, iba a ser un juego delicioso.

«Sé que te fías de mí», susurró besando mi cuello. Su voz encendía todos mis resortes de placer.

El suave tacto de la seda rodeó mis muñecas. Tuve mis dudas, no controlar la situación era algo nuevo para mí, pero después... ¡Átame!, pensé divertida. Siempre había querido salir en una peli de Almodóvar. Suite de lujo, ambiente exótico, música sensual, y un hombre con una mirada que me volvía loca... ¡And the Oscar goes to Jud!

Me tapó los ojos. «Enséñamelo todo...», dijo. Su voz era suficiente para rendirme a lo que él deseara.

Sus labios saborearon con fruición mis otros labios... Jadeé. Enloquecí con cada mordisqueo y cada toque de su lengua. «Me encanta tu sabor.»

Noté la vibración de uno de sus juguetes y creí que iba a morir. ¿Cuánto placer puede aguantar una mujer?

Empezó un continuo baile, a su ritmo, salvaje e incesante, dentro de mí. Al escucharle, me rendí a un placer infinito. ¿Era multiorgásmica?



CITA 7. Jugando a solas

El fuego se me había instalado en el cuerpo desde que le conocí. No podía apartarle de mi pensamiento. Eric... ¿Qué tenía para despertar mi libido de esa forma? Cada recuerdo, cada pensamiento, sus ojos mirándome... Su voz exigiéndome lo que deseaba... Sus manos acariciándome entera...

Mi cara, en el vídeo, lo decía todo. Estaba disfrutando. Pensar que había tenido a una mujer lamiendo mis labios, seguía estimulándome.

Me deshice pensando en lo que sentí dejándome hacer por quien creía que era él. ¿Por qué? Alejé las preguntas de mi mente. No iba a perder tiempo intentando entender mis recién descubiertos apetitos sexuales.

Me tumbé en la cama dispuesta a facilitarme yo misma el placer que anhelaba. Eric... No podía borrar su imagen de mi memoria. Tan masculino y varonil, tan dominante y exigente.

Encendí el juguete y puse la potencia al 1. Acaricié el interior de mis muslos hasta dejarlo resbalar por mis labios. Subí al 2. Ardía en mi interior. Subí al 3. Comencé a jadear. Cerré los ojos. «A mí también me encanta tu sabor.» Subí al 4. Me dejé llevar recordando las escenas del vídeo. El placer me arrastró.

Cuando acabé, me dejé inundar de sensaciones. Quería volver a hacerlo, pero con Eric.



CITA 8. El jefe ordena y manda

¡Eric sentía celos de mí! Paladeé el sabor de la venganza. Te lo mereces, pensé con una sonrisa dulzona.

Me atrajo hacia él agarrándome y me metió en el archivo. Una vez dentro, me besó con pasión devorando mis labios.

«Con mi vida y con mi cuerpo hago lo que quiero, señor Zimmerman», le dije muy ufana, y le di un empujón. Se puso tenso, se acercó de nuevo y me dijo: «Me deseas tanto como yo a ti».

Era mi jefe, tenía poder sobre mí, pero no sólo en la oficina. En el sexo también mandaba sobre mi cuerpo, que respondía solícito a sus órdenes. Deseé besarle, pero él se adelantó.

Quería que me desnudara, que me poseyera allí mismo, en su despacho. Me desabrochó el pantalón. ¡Telepatía! Su mano resbaló por mi humedad. Sus dedos ahondaron dentro de mí. Me besó con desesperación. Mi boca apretada contra la suya dejó escapar un gemido. Me mordí los labios, reprimiéndome.

«Déjate llevar», me dijo. Sus dedos entraban y salían deprisa. No pude aguantar más y le besé para ahogar mis gritos.

De nuevo había podido conmigo. Le habría matado en ese momento, pero a pesar de nuestros juegos sexuales, seguía siendo mi jefe. «Me debes un orgasmo, pequeña», exclamó.

«Usted manda, señor Zimmerman», pensaba mientras regresaba a mi mesa.



CITA 9. Reunión interrumpida: ¡Y sin tanga!

«¡Lleva tanga bajo la falda, señorita Flores!, Eric Zimmerman.» Me quedé paralizada al ler su mensaje en mitad de la reunión. ¡No sabía dónde mirar!

«Si no contesta a mi correo en cinco minutos, pararé la reunión.» No lo tomé en serio, aunque imaginé cómo sería que me hiciera el amor en mitad de la reunión, con todos mirando cómo nos devorábamos el uno al otro. ¡Espectacular! De nuevo me sorprendí a mí misma. Me estaba descubriendo un lado morboso apasionante.

«¿Serían tan amables de dejarnos a solas a mi secretaria y a mí?», le dijo a todo el mundo. ¡No podía cre rlo! Pensé que estaba loco, pero sonreí divertida.

«Señorita Flores, venga aquí», ordenó. Me hizo sentar sobre la mesa. Miré alrededor por si había cámaras. No sabía si por miedo a que nos grabaran, o deseosa de que así fuera.

Devoró mi boca con ansia. Y caí a sus pies. Sus manos subieron por mis muslos. Me sacó el tanga.

Me mojé los labios y vi cómo se excitaba. Pensar que los demás esperaban fuera, me hizo sentir que era muy mala.

Me preguntó si llevaba su regalo en el bolso, pero lo había olvidado en el hotel. Me dio un azote y me bajó de la mesa. «Debemos continuar la reunión», exclamó.



CITA 10. Primer castigo

«Abre tus piernas para mí, Jud.» Le obedecí y apoyé los tacones en la barra del taburete. No llevaba bragas. Eric puso sus manos en mis rodillas y las subió lentamente, deslizándolas por mis muslos. «Me encantas», dijo.

Me inquietaba estar en un sitio lleno de gente, pero a la vez, saber que no estábamos solos me incitaba a dejarme llevar.

«Tranquila, todos han venido a hacer lo mismo», aclaró al sentir mi inquietud. Varios hombres nos observaban. «Todos te desean», dijo. Mi pulso comenzó a acelerarse sin control.

¿Qué habría tras aquella puerta? Me sonó a película. Eyes wide shut. A pesar de mi excitación, mis piernas no paraban de temblar en una mezcla de deseo y miedo.

Sus manos llegaron hasta mi interior. Gemí... Giró el taburete y me entregó a la mirada de aquellos hombres. El calor se apoderó de mí. Pude ver el ansia de poser mi cuerpo en sus rostros. Eric abrió mis muslos, exponiéndome por entero a las miradas ajenas desbordadas de lujuria. Y yo me dejé hacer. «¿Te gustaría que te entregara a ellos?», preguntó.

Me besó, mientras metía los dedos en mi interior y comenzaba a moverlos con rapidez. Ellos me miraban. Sentí que me quemaba por dentro. Y cuando Eric supo que mi orgasmo estaba cerca, se detuvo.

«Éste es tu primer castigo, por no hacer hoy nada de lo que te he propuesto.»



CITA 11. Sin reconciliación

No hubo perdones, ni besos, ni lo sientos..., sólo sexo. Eric entró en mi habitación, rápido y violento como un huracán. Me besó de una forma incontrolable.

De nuevo me sentí rendida ante el calor de sus labios y la maestría de su lengua. Desabrochó el botón de mi falda, mientras empujaba mi cuerpo contra la pared. La experiencia de sus manos era apreciable, siempre conseguía enloquecerme.

Se quitó el pantalón y me guió hasta el sillón. Me tumbó en él y me dio la vuelta. Me apretó contra él mientras dejaba caer su cuerpo sobre mí. Sentí un excitante mordisco en el hombro. Me gustó someterme a sus deseos. Avivaba mi fuego interior, con una fuerza que ni yo misma podía comprender. Me desconocía...

Empezó a entrar y salir rítmicamente, ansioso por encontrar mi placer. Sentí su cuerpo caliente mientras me llenaba por entero.

Su ímpetu me volvía loca. Susurró un jadeo en mi oído. El calor aumentó por mi cuerpo hasta que no pude aguantar más y me dejé arrastrar, emitiendo un grito que hizo que él enloqueciera. Aumentó su ritmo hasta que encontró su propio placer y cayó sobre mi espalda.



CITA 12. ¿Quién manda ahora?

«¿Puedo probar la trufa?» Me la llevé a la boca y la restregué sobre mis labios. «Ya puedes probar.» Me besó hasta encontrar su sabor mezclado con mi sed de él. «Exquisita...», susurró.

«Te deseo», le dije. «Ahora no», se resistió. «Ahora sí», le corregí.

Se acomodó en el sillón, atendiendo mis peticiones. Tenía el poder en mis manos.

«Me vuelves loco, Jud...» Quería mandar pero yo no estaba dispuesta a permitírselo.

«Hoy te castigaré yo a ti.» Se resistió un instante, pero aceptó.

«Primera orden: prohibido tocar.»

»Segunda orden: dame tu mano.»

La llevé al interior de mis muslos. Le dejé hacer y después la llevé a su boca. Cuando intentó cogerme, le di un manotazo. «Hoy mando yo, señor Zimmerman.»

Le estaba poniendo a cien. Metí las manos bajo su ropa interior. ¡Impresionante! Su cuerpo se puso tenso mientras yo jugueteé con mi boca.

Cogí un trocito de trufa y se lo unté. Mmm... Sexo y chocolate.

Me senté sobre él y dejé que entrara en mí. Comenzamos a bailar a un ritmo frenético. Su boca me mordió mientras susurraba: «Jud.» ¿Quién era el jefe ahora?



CITA 13. Celos al pilpil

«Has recibido un par de mensajes», dijo. Me sentí pequeña entre sus brazos pero grande en mi interior. Pensar en Fernando y en mí le volvía loco de celos.

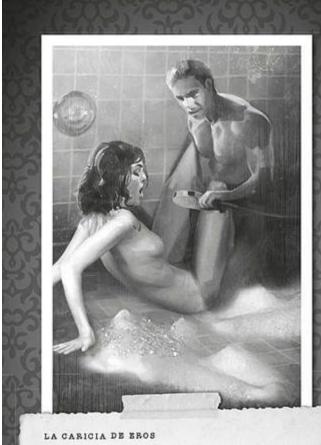
Entramos en la cocina y me subió a la mesa. Me sentí acalorada cuando empezó a morderme los pechos por encima de la tela de mi top. Me olvidé de que estaba en la casa de mi padre y le abrí el vaquero para tocarle.

Me desabrochó el pantalón y me lo quitó rápido. Después, la ropa interior. «¡Ay!», la mesa estaba fría.

No se dio cuenta de mi tatuaje. ¡Estaba ciego de deseo! Sentí su respiración agitada mientras se hundía en mi interior. Me levantó y me apoyó contra el frigorífico. ¡De nuevo el frío! Empezó a besarme desesperado mientras se apretaba contra mí una y otra vez.

¡Quiero más!, pensé, y él me lo dio como si adivinara mis pensamientos. Incapaz de moverme, le dejé hacer. Entraba y salía de mí provocándome un placer inmenso. Grité, pero en seguida me di cuenta y silencié mi placer. ¡Estábamos en la cocina de mi padre!

Él volvió a entrar y salir con más fuerza unos minutos más, hasta que le escuché gruñir sin poder resistirse. Se apoyó en mi hombro y, durante unos instantes, el frigorífico fue nuestro cómplice.



porprendasi

2. ¿Te gusta el riesgo? Hacerlo en una casa ajena puede resultar muy interesante. (Tendrás un sexo trepidantel

1. Si te sientes atrevida, no dudes 3. Fodéis utilizar elementos nuevos on aventurarte a probar cosas nuo- en vuestro juego sexual. El agua es vas. Puede que con cambiar de lu-gar sea suficiente, pero si quieres dará un toque de frescor a vuestros más, usa tu imaginación. ¡Quizá to encuentros. Hay muchas maneras de utilizarla. Desde un jacuzzi hasta el chorrito de la ducha. ¿Te animasa mojarto?

CITA 14. Mi tatuaje

Se quedó parado mirando el tatuaje. «¿Puedo pedir lo que quiera?», preguntó. El agua cálida caía sobre nosotros, refrescándonos y calentándonos a la vez. Me había tumbado en la ducha y él estaba sobre mí, con la piel mojada. Y yo, húmeda por el deseo y por el agua.

Su voz... Sentí que no iba a aguantar más el ansia de tenerle dentro. Se puso de rodillas y cogiéndome de las caderas me atrapó arrastrándome hacia su cuerpo. Me separó las piernas y con la ducha empezó a lavarme. Cada centímetro, cada recodo...

Cambió la intensidad del chorro a más fuerte y denso. No me moví, deseaba que siguiera. Me enloquecía pensar en lo que iba a hacerme.

Se agachó, quería beber de mi interior. Jugó con su lengua hasta que volví a sentir el agua de la ducha. ¡Me voy a morir de placer!, pensé. Empecé a retorcerme. Me sujetó para que no pudiera moverme mientras el chorro de agua caía sobre mí volviéndome loca.

Cuando se acercaba el clímax, apartó la ducha y entró en mí, hasta el fondo. Mi cuerpo se preparó para explotar, esta vez a su ritmo.

«¿Qué me estás haciendo, Jud?», preguntó tras desbordarse de placer. Cogió mi mano y la besó delicadamente. El mundo era esa ducha y nosotros dos, sus únicos habitantes.



CITA 15. Cuatro no son multitud

Escucharle describir lo que deseaba que otros me hicieran, era lo más excitante que había oído. Deseaba cumplir cada una de sus fantasías.

«Ahora mismo estás tan excitada que harías cualquier cosa», me dijo. Tragué saliva, tenía razón.

Salimos del jacuzzi y me cubrió con una toalla. «Quiero experimentar a tu lado», le dije cada vez más valiente. Me besó con pasión y después caminamos hacia la casa.

Escuché jadeos tras una puerta entreabierta. «¿Quieres que pasemos?», preguntó Eric. «Sí, pero no te alejes de mí», le dije. «Nunca, eres mía», me hizo sentir más segura.

Los anfitriones pararon y nos miraron para recibirnos. «Tú decides», me dijo. «Deseo jugar», respondí siendo más libre a cada instante.

Andrés se levantó, me rodeó y sentí su desnudez en mi espalda, mientras me desabrochaba el biquini. Eric no apartó su mirada ni un segundo. ¡Estaba tan excitada! Escucharle dar órdenes me hizo saber que no le negaría nada en aquella habitación.

«¿Puedo tocarla?», preguntó Andrés. Eric respondió con un sí y las manos de su amigo acariciaron todo mi cuerpo. Mis pechos, mi cintura, mis muslos... Frida se acercó.



CITA 16. Ofreciendo a Jud

«¿A qué queréis jugar?», preguntó Frida. Sacó dos vibradores y me dio uno. Me excitaba estar junto a ella y frente a ellos, sin ningún tipo de pudor.

Subí la velocidad al 2. Necesitaba más. Mi cuerpo empezó a devolverme el placer que yo misma había buscado. Eric se colocó sobre mí y yo aumenté la velocidad del juguete. Los jadeos de Frida me estimulaban. Nunca había visto a dos personas hacer el amor, me enloquecía mirar cada gesto y escuchar cada gemido.

Eric estaba tan excitado como yo y no paraba de mirarme. Cuando su amigo acabó, le dijo: «Ofréceme a Jud». No supe a qué se refería hasta que Andrés me sentó sobre sus piernas.

Me recosté sobre él y abrí las piernas colocando los pies sobre la cama. Imaginar lo que pasaría, hizo que el ansia recorriera mi cuerpo anhelando más a cada instante.

Sentí el baile, agitado y profundo, de Eric. «¿Te gusta?», preguntó. No me gustaba, me volvía loca estar entre los dos. «Así te ofreceré a otros hombres», dijo.

«Rápido, fuerte», le pedí. Comenzó a moverse con más potencia y grité. Aumentó su intensidad y mi placer creció hasta sentir que perdía completamente el control y de nuevo grité, gritamos ambos.



CITA 17. Juego de tres

«Tu boca y tus besos son sólo míos», dijo como condición. Me sentí suya. Sentada entre los dos, escuchaba los jadeos de otros jugadores. Podía haberme quedado mirando y habría disfrutado del juego gustosa, pero me esperaba otro más emocionante. Mi corazón latía trepidante.

«¿Excitada?» Björn me acariciaba la pierna. La puerta se abrió y entraron tres jugadores más, dos mujeres y un hombre.

«Abre las piernas, nena», me ordenó. Lo hice y Björn comenzó a tocarme. Metió un dedo, dos... Dejé escapar un gemido. Eric me besaba con la pasión de quien desea pose r, pero era otro quien lo estaba haciendo con sus poderosas manos.

«¿Qué más quieres?», insistió Eric. Me daba vergüenza responder, pero... «Si no dices lo que quieres, no haremos nada.»

«Quiero que me hagáis lo que queráis», les dije. Me levantó y me dio la vuelta. Desabrochó la cremallera de mi vestido dejándome totalmente desnuda ante Björn. Comencé a respirar agitada. Eric siguió dando órdenes. Él mandaba y yo obedecía.

Detrás de mí, me empujó dulcemente para que cayera sobre él. Mientras, metió sus dedos en mi interior. Me volvía loca ser sabrosamente degustada por los dos a la vez.

Eric se colocó tras el sillón y me pidió que me subiera. De nuevo, le obedecí. Después le ofrecí a Björn la parte más sabrosa de mi cuerpo y él la degustó con un apetito voraz.



CITA 18. Fantasía cumplida

Björn me degustaba como si nunca me hubiese probado, deleitándose en cada esquina y en cada recoveco.

«Soy tu dueño y tú mi dueña», susurró Eric. «Juega conmigo», le dije. Comenzó a describir lo que estábamos experimentando y cada una de sus palabras me iba poniendo más a tono.

Los tres nos levantamos y nos sentamos sobre la cama. «Voy a cumplir tu fantasía.»

Se desnudaron ante mí. Sus cuerpos jóvenes, bellos y erectos, fueron la mejor visión que podía tener. Pensar en tenerlos dentro me hacía arder.

Tumbada en la cama, pude vernos en los espejos del techo. Eric comenzó a tocarme mientras su amigo nos miraba. «Pídeme lo que quieras», me dijo.

Me arriesgué. «Quiero que me ofrezcas a Björn y después, tú.» Era una jugadora más.

Björn colocó mis piernas sobre sus hombros y volvió a invadirme con su boca. Fue la tercera vez que disfrutó de su postre. La mirada de Eric brillaba. Estaba disfrutando como nunca de mí. Le gustaba ver que otro me poseía porque él se lo permitía.

Hubo un cambio de jugadores. Björn se retiró y Eric se colocó en su lugar. Cogió una jarra de agua y dejó caer un chorrito sobre mi sexo. Nunca me había sentido tan libre.



CITA 19. Por la puerta de atrás

«Tu mujer me encanta», dijo Björn. Ambos se sentaron en la cama. «Ella es tu postre», le dijo Eric. Mi estómago se contrajo, lo deseaba tanto... Me arrodillé frente a su cara mientras Björn me agarró por los muslos y disfrutó de mí a su antojo. Sentir su boca me hizo enloquecer.

No podía ver a Eric, pero le sentía detrás, mirándome extasiado con la visión de su Jud regocijándose por el placer que me provocaba otro hombre. Al momento, tiró de mí y me colocó a cuatro patas sobre su amigo.

Sentí la humedad de un juguete por detrás, mientras Eric usaba la puerta principal. Un líquido templado y resbaladizo facilitaba la entrada.

Temía el dolor pero la excitación que sentía era tan poderosa que no me negué a su llamada. Mi puerta de atrás comenzó a abrirse para ellos. Eric jugaba con su sexo en la puerta principal y Björn con un juguete, por la otra, hacía círculos en mi interior.

Creí que iba a explotar sintiéndolos a ambos jugando conmigo. Los dos estaban allí exclusivamente para darme placer y eso me hacía sentirme importante, única. Dos hombres irrepetibles me provocaban y desataban en mí la lujuria, con sus manos, con sus bocas, con el calor de sus cuerpos desnudos. No podía pedir más.



CITA 20. Un sándwich de Jud

Eric sobre mí y Björn debajo. Jugaban en mi interior mientras me sujetaban de la cintura.

El baile de Eric era fuerte y continuado, intentaba llegar hasta lo más profundo de mí, y lo conseguía. Mientras, Björn me decía lo que tenía preparado para mí. Tras sus fuertes movimientos Eric se desplomó sobre mí y yo sobre Björn. Sentí que estaba satisfecho pero yo quería más y él lo sabía.

«Ahora tú», le dijo a su amigo. Me alegré al escucharlo. No podían dejarme así...

Me tumbé sobre la cama. Eric trajo una botella de champán. El líquido espumoso y frío cayó sobre mi sexo empapándome de burbujas saltarinas, proporcionándome un placer enloquecedor. La humedad del champán me mantenía fresca y con ganas de más.

Björn quiso probar el sabor del champán y lo tomó a su antojo de mi cuerpo. «Más...», pidió, y Eric se lo dio. De nuevo el líquido espumoso cayó sobre mí y volvió a disfrutar del sabor ácido y dulce de mi interior. Me encantó, pero ahora me tocaba a mí.

Eric dejó caer champán sobre sí y me lo dio a probar. Pude disfrutar del sabor del maravilloso líquido en mi boca, mientras su amigo entraba en mí con desesperación.



CITA 21. Lección de placer femenino

Sobre las sábanas negras me esperaban unos zapatos de tacón, un liguero y un camisón corto de seda. Me vestí como Eric quería. Entró con una pareja, la mujer vestía un disfraz erótico como el mío.

«Me muero por saborearte», me dijo ella. Tragué saliva. Yo también deseaba que lo hiciera, pero no estaba dispuesta a reconocerlo.

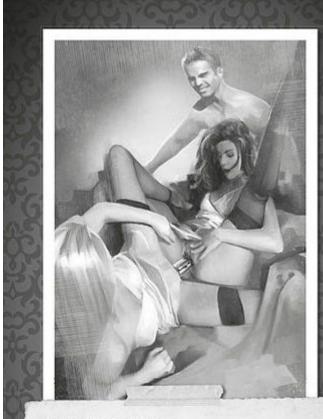
«Hoy te ofreceré a una mujer», me advirtió Eric. Ella me bajó los tirantes del camisón y comenzó a disfrutar de mí. Sin poder rechistar, me dejé hacer. Se quitó el camisón y me pidió que yo hiciera lo mismo. Nunca había complacido a una mujer, pero mis manos bailaron solas alrededor de sus pechos.

Nos tumbamos en la cama y nos deleitamos con nuestro sabor femenino. Me gustó y me olvidé de mis prejuicios.

Me dijo que me diera la vuelta y me colocara sobre ella para que pudiera poserme. Me sentí completamente ansiosa. Nunca me había poseído una mujer y quería saber cómo era.

Eric y su amigo se sentaron en la cama a observarnos. Ella se entretuvo con sus labios en mi ombligo para detenerse después en mi tatuaje. Sus manos jugueteaban entre mis piernas y las dos disfrutamos solas hasta que ellos se animaron a participar.

Me sentí devorada por tres bocas y tocada por seis manos.



LA CARICIA DE BROS

Esto significa que cualquier punto máximo placer. Es cuestión de perde tu cuerpo puede erotizarte. Per- milir que te los descubran. mite que te acaricien y descubran

2. ¿Has cido hablar del punto G? No es un mito, pero hay muchos más puntos que pueden satisfacerte de la misma manera. Tu cuerpo tiene rin-

1. La piel es erégena por naturaleza. cones y recoveces que te darán un

qué partes de tu cuerpo te excitan 3. También puedes explorar tu cuermás. Po por ti misma. No te limites a lo que conoces. Intenta dar un paso más allá en la búsqueda de tu propio placer y encuentra lo que buscas en las partes más insospechadas de tu cuerpo. ¿Crees que es posible?

CITA 22. Un juego a cuatro bandas

Cuando ya creía que no iba a aguantar más, ella puso un juguete de dos cabezas entre su sexo y el mío. Era la primera vez que veía uno.

Eric se colocó detrás. Sentir su presencia me tranquilizaba y él lo sabía.

El juguete iba entrando en mí y en ella poco a poco. Empujó hacia mí con sus caderas y yo grité sin poder remediarlo. Después fui yo quien empujó contra ella. El baile comenzó a ser continuo y recíproco, proporcionándonos gran placer a ambas. Nos agarramos con los brazos para no separarnos y continuamos empujando una contra la otra mientras Eric susurraba frases obscenas en mi oído.

Cuando ambas nos desbordamos de placer, les tocó a ellos. Nos colocamos boca abajo y Eric nos ató juntas al cabecero con el pañuelo de seda. Me ofreció a su amigo. Sentí que entraba en mí y que mi amor se deleitaba mirándonos. Después vi a Eric entrando en ella.

La excitación aumentaba entre los jadeos ajenos y los propios. Imaginar a ambos hombres entrando en nosotras a la vez me ponía a cien. Sentir que estábamos atadas para que ellos nos degustaran fue una experiencia exquisita.

Fui la última en chillar de placer.



CITA 23. En la limusina

«Te compraré cientos de tangas», me dijo tras desabrocharse los pantalones. Pero ¡qué fijación tenía con mi ropa interior!

Me apretó contra él. «¿Te gusta?» Sentía como entraba en mí sujetando mis caderas con sus manos.

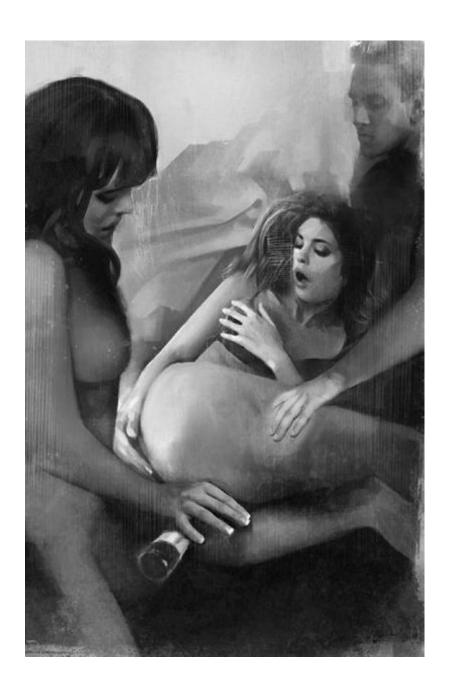
«Esta noche eliges tú.» Lo pensé un momento. Imaginé qué deseaba que me hiciera y con quién. Ya no pensaba en el sexo en pareja solamente. Quería más. Más gente, más diversión, más locura... Quería apostar a la carta más alta.

Había varios juguetes sobre la cama. «¿Preparada para jugar?», me preguntó. No sabía cuánto. Jud, la alumna, estaba decidida a superar al maestro.

Me desnudé para él. Él me miraba sentado en la cama. La puerta se abrió y entró una mujer con el pelo rojo, como el fuego que yo empezaba a sentir dentro de mí. La mujer comenzó a acariciar mi cuerpo, por todas partes, por cada línea y pliegue de mi piel, erizada por el contacto de sus manos suaves.

Mi mente no paraba de intentar encontrar algo nuevo, algo que le sorprendiera y que avivase más el fuego que sentíamos el uno por el otro. «¿Y si soy yo quien te ofrece esta vez?», sugerí.

Eric sonrió. Mi idea le había gustado. Me acerqué a ellos y le susurré al oído a mi hombre la primera lección para satisfacer auténticamente a una mujer...



CITA 24. De rodeo

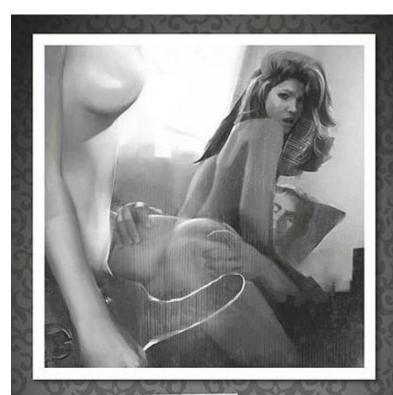
Subimos los tres a la cama. Mi boca se deleitaba con el sexo de Eric mientras Helga me montaba como en un rodeo. Mi pelo eran las bridas, yo era su caballo y ella, mi jinete. ¡Mejor ser un caballo que una vaca!, pensé divertida dejándome llevar por el momento.

Eric me dio la vuelta y me tumbó sobre él, ofreciéndome a Helga. Ofrecerme a otra persona se había convertido en algo habitual, aunque no por eso me resultaba menos placentero. Jadeé esperando que ella hundiera su lengua entre mis piernas.

Pero no se limitó a probarme, era el momento de probar nuevas experiencias. Pasó una pierna bajo la mía y nuestros sexos se encontraron. Comenzó a apretarse contra mí y sentí que mi cuerpo se electrizaba. Ardía. Sentí su calor rozando, tocando, chocando contra el mío y me dispuse a disfrutar de aquel regalo femenino.

Pero no era eso sólo lo que ella quería. Se separó de mí repentinamente y comenzó a hurgar en mi interior con otro juguete. Giraba y giraba dentro de mí, y yo comencé a revolverme de placer. Pero aún quería ir más allá y yo se lo permití.

Un juguete más pequeño me llenó por atrás. Eric apretó mis piernas una contra otra para que el placer fuera más intenso. Creí morir pero no fue así. Al contrario, sentía que estaba más viva que nunca.



LA CARICIA DE EROS

Entre nosotras nos entendemos.
Probar a jugar con alguien de tu
mismo sexo no significa que no seas
heterosexual. Es una opción como
cualquier otra para jugadoras principiantes o experimentadas. Si te apeteco probario, apor que no?

 Existen muchos juguetos para jugar en el equipo femenino. Vibradores, arneses, o las dos cosas unidas en un mismo juguete. Inches los hay de hijo para las más exigentes. ¿Conoces el de la diseñadora Shiri Zinn? Un juguete sexual con brillos y motivos florales.

3. Si tu pareja es una mujor, tenáis claro lo que os gusta. Pero si es un hombre, quizá le apetozca ver cómo os lo montáli entre dos chicas. Si a ti te da placer recibir un cuerpo como el tuyo y a él le da morbo, ¿a qué esperáis para probarlo juntos?

CITA 25. El arnés

Una y otra vez, Helga me hizo suya como si fuera un hombre. Me paralizaba con su fuerza, sacudía mi cuerpo sin parar, sacando lo mejor y lo peor de mí, con una ansia inusitada.

«Ahora los dos», dijo Eric. ¿Es que querían matarme?

«Confía en mí.» Me besó y no supe decir que no. Estaba decidida a continuar.

Recorrió con su lengua mi cuerpo, excitándome más, preparándome para la llegada de Helga.

Él ocupaba todo el espacio dentro de mí. Pero aún faltaban lugares por cubrir en mi cuerpo. «Túmbate sobre mí», me pidió. Lo hice y comencé a sentir algo húmedo tras de mí. Era Helga con un arnés, quería entrar en mí para cubrirme por entero entre los dos.

«Hoy vas a ser toda mía», dijo mientras se tumbaba encima. Comencé a moverme, quería más. Los dos me poseían, pero los dos eran míos. Ambos crecían en mi interior. Y de pronto, ella salió de mí y Eric se colocó detrás.

«Ahora sí que eres toda mía», susurró enloquecido. «Fuerte», le pedí. Cuando sentí que iba a estallar, se retiró y permitió que fuera yo quien siguiera recorriendo el camino de mi placer.

«Te quiero, Jud.» Fue la primera vez que me dijo esas palabras.



CITA 26. Fantaseando

La imaginación es un maravilloso instrumento sexual. Extraía las imágenes de mi memoria para estimularme de nuevo.

Yo con Eric; yo con Björn; yo, entre Eric y Björn... Pensar en lo que habíamos hecho juntos me excitaba de una forma inconfesable.

Mis manos juguetearon con el regalito de Eric. La potencia aumentó y me dejé llevar por mis fantasías.

Estaba de nuevo en aquel bar, sentada en el taburete de la barra. Eric me susurraba lo que iba a hacer conmigo. Había varios hombres y yo entregaba mi desnudez a sus miradas libidinosas.

La música de Aerosmith retumbaba en mi cuerpo con vibraciones que me hacían palpitar. El calor aumentaba segundo a segundo. *Crazy...*

Así estaba yo, loca por Eric y sin poder dejar de pensar en él ni un segundo.

Me metí en la bañera y volví a juguetear con el fantástico juguete. ¡Qué invento!, me dije agradecida.

Las palabras de Eric me incitaban a continuar, a seguir dándome placer a mí misma. Me mordí los labios. Él continuaba hablándome y excitándome en mi imaginación.

Mi centro de placer comenzó a responder a mis juegos haciéndome palpitar. *Crazy...* «Estoy loca por ti, Eric.»



CITA 27. Levantando el castigo

«¿Me has levantado el castigo?», me preguntó ardiente. Su mirada también ardía. Sus labios quemaban al contacto con los míos.

Me subió sobre la encimera de la cocina. Me pregunté divertida qué íbamos a cocinar esta vez.

De nuevo sus palabras sonaron en mis oídos, esta vez de verdad. Estábamos juntos de nuevo. Me dejé llevar por lo que me decía y me excité sin remedio.

Quería llevarme a la cama y desnudarme. Y yo también lo quería, pero me había propuesto ser dura esta vez. ¡No iba a permitir que siempre hiciera conmigo lo que quisiera!

Le perdono, no le perdono... Mi mente daba vueltas. Estaba ansiosa por sentirle dentro de mí, pero quería ser dura.

Me atrajo hacia él. ¡Eric estaba más duro aún que yo! Aunque no por el mismo motivo.

«No estás perdonado», me atreví a decirle. Nos despedimos y me refugié en mi cama, sola y decidida a ser yo la que mandara en mí misma por una vez. No fue posible, mi subconsciente me traicionó y aquella noche soñé con él.

Aunque no estábamos solos en mi sueño. Un desconocido me poseía mientras Eric nos miraba sin perderse detalle. ¿Qué me estaba pasando? La única respuesta fue: no sé hasta cuándo podré aguantar sin tenerle entre mis brazos.



CITA 28. Hambrientos

«Estoy hambriento», dijo Eric. Björn me miró con apetito. Ninguno de los dos podía saber lo hambrienta que estaba yo.

Mi lengua se relamía pensando en sus besos. Mis labios se hincharon de tanto como les deseaba. Me moría por dejarme comer por ambos.

Escuchaba a la gente tras la puerta, pero eso no impedía que me entregase a Eric en cuerpo y alma. Él hizo lo mismo conmigo. Nos fundimos en uno, arrastrados por el deseo de nuestro apetito voraz.

Él sabía a pasión y yo estaba famélica por sentirle dentro de mí. Nada me importaba salvo satisfacer mi hambre.

Me levantó y me apoyó contra la pared y yo, entre sus fauces de lobo feroz, me sentí como una traviesa Caperucita.

Me dejé llevar por su ataque y su fuerza. Así era él, una bestia devoradora de placer. Con sus convulsiones me poseía más profundamente y yo me entregaba gustosa. A nuestra manera, salvaje.

Cuando descansamos, satisfechos el uno del otro, me susurró: «No puedo vivir sin ti.»

Ni yo sin ti, pensé. Él se alimentaba de mí y yo de él. El único problema era que, con Eric, yo siempre estaba hambrienta.



CITA 29. Alumna aventajada

El fuego de la chimenea me daba un calor adicional. Aunque mi calor era de otro tipo.

Me senté sobre él y sentí su dureza. Eric ardía para mí, dispuesto a satisfacer mis deseos.

«Voy a saborearte», me dijo. Mi imaginación volaba. Las imágenes se agolpaban en mi mente mientras me deshacía sintiendo su lengua y sus labios, en mis abultados labios.

Imaginé a otro hombre dándome placer junto a Eric. Me sentí perversa, depravada, pero no me importaba. Era él quien me había enseñado a pensar así y yo había aprendido bien la lección.

«Quiero jugar contigo a todo lo que quieras», le susurré. Me tumbé sobre él y empujé para que entrase en mí. Sabía que estaba a punto de explotar. Apreté mis piernas, cerré mi interior. Él también quería más y yo lo sabía.

Durante unos momentos me dejó hacer, hasta que la fiera comenzó a despertar. «No te muevas», le pedí. Y él accedió a mi deseo.

Comencé a moverme y a bailar dirigiendo cada paso de nuestro baile. El vaivén de placer provocó sus gemidos y yo aumenté el ritmo hasta llevarle al máximo nivel. Eric se sacudía y retorcía debajo de mí. Su cuerpo se contrajo y el mío con él hasta enloquecernos el uno al otro.



CITA 30. Deseos...

«Tu deseo está esperándote», le dije. Comenzó a besarme en el interior de mis muslos, en el ombligo, en la cintura... Nunca había estado con un hombre que tuviera tan claro lo que me gustaba.

Cuando me besaba, podía conseguir lo que quisiera. «Devórame», le pedí, acordándome de la canción.

Me pidió que jugara a solas frente a sus ojos. La idea me pareció morbosa. Empecé con los ojos cerrados, imaginando que no estábamos solos en la habitación.

Su boca comenzó a devorarme mientras yo me apretaba contra él para sentirle aún más. La humedad nos envolvía a los dos, pero él se retiró antes de que pudiéramos alcanzar la cima.

Su mirada era como un imán para mí. Busqué sus labios y le besé con destreza, entregándole mi sabor, con mi boca carnosa abultada por el deseo.

Me dio la vuelta y sentí que probaba la joya en mi interior. «Precioso», dijo. Nunca había imaginado que los cristales de Swarovski sirvieran también para el sexo.

Mi imaginación no se resistió a volar libre. Pensé en otro hombre dentro de mí mientras Eric me poseía. Se lo dije, y contestó: «Seremos tres la próxima vez.»

Esperaba ardientemente el momento de cumplir mi deseo.



CITA 31. ¡Es la guerra!

Estaba enfadado, pero no me importaba. Le deseaba y, a pesar de su cara de pocos amigos, yo había decidido que haríamos el amor.

Me senté sobre él en la silla. No parecía querer colaborar, pero insistí. Pronto le convencería.

Le mordí el labio para que reaccionara. «Vas a cumplir mis fantasías.» Los mojitos hicieron que me resultara más atractivo aún, al verle tan enfadado.

Deseaba tirar al suelo todo lo de la mesa y hacerle el amor como en las películas. Lo pensé mejor y aparté el portátil con delicadeza. Mi deseo no debía ser la consecuencia de un enfado aún mayor.

Le cogí una mano y la paseé entre mis piernas. Él tragó con dificultad. Su cuerpo estaba reaccionando. ¡No podría resistirse mucho tiempo a mis encantos!

Unos instantes de espera... y se lanzó sobre mí. Sonreí satisfecha. Había ganado la primera batalla, aunque todavía no había ganado la guerra.

Sentí un golpecito en mi trasero. «Has sido una chica muy mala», dijo. Su mirada era arrebatadora.

«Bájate de la mesa y date la vuelta», exigió. Me llevó hasta la escalera de la librería para poserme con toda la fuerza de su enfado.



CITA 32. En la piscina

Nunca lo había hecho en el agua. ¡Era tan refrescante! Eric comenzó a hacerme cosquillas y yo me reí abiertamente, viendo cómo le satisfacían mis carcajadas.

Poco a poco, fuimos quitándonos la ropa, entre ahogadillas y salpicones. Se acercó a mí y me besó. Sentí sus labios húmedos y fríos.

Su cabello empapado dejaba caer gotitas de agua sobre su cara. Sus pestañas húmedas hacían brillar sus ojos. ¡Estaba tan increíblemente guapo!

Supe que no podría resistirme. Lo que quisiera hacer conmigo, ya lo había conseguido por antelación. ¡Por guapo!

Salimos del agua y nos envolvimos en dos toallas. Nos tumbamos en la hamaca y nos mecimos abrazados.

Comenzamos a acariciarnos, avanzando con las manos bajo la toalla, hasta que mi boca se aceleró y empecé a devorarle. Él acariciaba mi cabeza pidiéndome más.

Yo le saboreé deleitándome, pero Eric no podía estarse quieto. Decidió que era hora de entrar en mí y yo le recibí, dejándome agarrar por el pelo. ¡Me encantaba cuando le volvía loco!

La hamaca nos mecía acunando nuestro movimiento. Era nuestra aliada.

Sentí el aire fresco rodeándonos, acariciándonos, mientras nos abandonábamos al placer y disfrutábamos del vaivén.



CITA 33. Jugando a ciegas

Le tapé los ojos. «¿Confías en mí?» Asintió, asumiendo que debía dejarse llevar.

Me tumbé sobre él y comencé a besarle. La nariz, la boca, los ojos... «Aunque no me veas, tus manos podrán seguir tocándome.» Llevé sus manos a mi cuerpo. Mis pechos, mi cintura, mis muslos...

Llevé la joya a su boca para que la chupara. Acarició mis nalgas hasta encontrar el lugar donde colocarla. Sentí crecer su deseo, estaba sobre él y eso le excitaba.

«Juega conmigo», le pedí dulcemente. Me tumbó a su lado y comenzó a tocarme, tanteando mi cuerpo, sin ver nada.

Después, poco a poco, fue descubriendo con su boca cada línea y cada escondite de mi piel. Mi cuello, mis pechos, mi ombligo...

«No necesitas ver para darme placer», le dije. Podía sentir su lengua insaciable. ¡Me estaba volviendo loca!

Instantes después, su boca buscó la mía y la devoró de la misma forma que había hecho con mis otros labios.

Sin poder ver, me buscó con su sexo hasta encontrar el mío y entrar en mí con desesperación.

A pesar de sus ojos tapados, la torpeza no existía en Eric. Era un maestro del placer, mi maestro. Y yo era su alumna favorita.



LA CARICIA DE EROS

negra, un antifaz para dormir... Cualquier tela fina y sutil pero opa-Cualquier telafina y souti proca servirá para suprimir el sentido de la vista y ampliar etro, el de
dines del Palacio de Versalles, en

tocar, manosear, o tantear, con vuestras manos y con los ojos tapa-

1. Un pañuelo de gasa, una media — dos. ¡Dájate llevar por tu instinto y atrápalei

la corte del Rey Sol. Un juego muy 2. En el sexo podéis jugar a palpar, erótico que puede dar más de una sorpresa a sus jugadores.

CITA 34. Deseos y castigos

«No te quites el antifaz», le pedí. Comencé a desnudarle. Sentir su erección era tan tentador...

«Si no me concedes mi deseo, tendrás un castigo», le expliqué las reglas del juego.

Empecé a acariciar su cuerpo con una larga pluma. Su pecho, sus abdominales, su ombligo, su... Jadeó.

«Quiero que te desnudes», dijo. Deseo concedido. Me buscó con sus manos.

«Tu castigo será no tocarme mientras hago lo que quiero con tu cuerpo», le dije.

El chocolate se escurría del pincel mientras le pintaba. Sus pezones, sus abdominales, sus oblicuos... Continué bajando. Sonrió y se movió sin poder evitar la excitación.

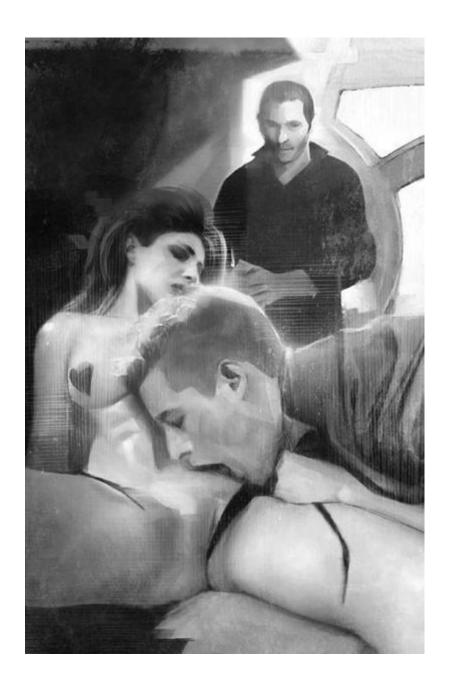
Quiero merendar... Lamí todo el chocolate, deleitándome en las partes más sabrosas.

Quiso tocarme, agarrarme, abrazarme, pero no le dejé. Tenía que cumplir su castigo.

Se contrajo sintiendo el gozo que le provocaban mi lengua y mis labios. Continué hasta que no pudo más.

«Fin del juego, pequeña», exigió. Se quitó el antifaz y me tumbó sobre la cama. «Ahora mando yo.»

Entró en mí como un caballo desbocado, enloquecido por la excitación que le habían provocado mis juegos.



CITA 35. ¿Cenamos en compañía?

Cena en casa de Björn significaba sexo. Me excitaba sólo con pensarlo. Estar de nuevo entre los dos, sentir sus cuatro manos, escuchar sus voces, ver sus cuerpos... ¡No podía imaginar una velada mejor!

Me puse lo que había comprado para ellos. Moví mis pechos y los cubrepezones giraron como locos. Eric sonrió. El regalo le había gustado.

«Quiero que los vea Björn», dijo. ¡Qué generoso!, pensé. A Eric no le costaba nada compartir en el sexo.

«Juega conmigo», le pedí. Sabía que Björn no apartaría la mirada de nosotros y eso me ponía a cien. Me sacó el vestido por la cabeza y me sentó en la mesa del despacho.

Björn se acercó, tiró de mi tanga roto y dijo: «Excitante». Me subí a la mesa y me ofrecí a los dos.

«¿Llevas mi regalo en el bolso?» Por primera vez, lo había traído. Sonrió al ver el vibrador en forma de pintalabios y la joya.

Sentí que toda la habitación ardía. Los tres despedíamos un calor sofocante que recorría nuestros cuerpos como una corriente eléctrica.

Björn me pintaba con el vibrador pintalabios. «Vamos a jugar contigo», susurró Eric.

Cada uno se ocupó de un juguete, por delante y por detrás. Los dos se deshicieron en atenciones conmigo.

¿Qué más podría desear, salvo tener a aquellos dos hombres para mí sola?



CITA 36. Descubriendo a Jud

En mis citas con Eric había descubierto más cosas sobre mí que en toda una vida.

Nos metimos en la ducha y se deleitó enjabonándome. Me levantó y yo rodeé su cintura con mis piernas. Nos besamos bajo el agua refrescante.

Björn nos esperaba en la habitación. Me quité la toalla y comencé a bailar desnuda ante de los dos, excitándoles con mis gestos. ¡Nunca me había sentido tan seductora!

«Quiero bailar con los dos», dije. Con Eric por delante y Björn por detrás, continuamos bailando los tres.

Eric me dio la vuelta y me quedé frente a su amigo. «Juega conmigo», le dije sintiéndome una devorahombres.

Cerré los ojos y sentí su dureza. Estaban preparados para mí y yo para ellos.

«Björn, ofrécemela», pidió Eric. Me sentó sobre él y yo recibí a mi hombre, mientras escuchaba las palabras de su amigo susurrantes en mi oído.

Me enloquecía estar con ellos y dejar que me dieran todo el placer que emanaba de sus cuerpos.

Con cada excitación que experimentaba, estaba descubriendo algo muy importante. Estaba descubriendo a Jud.



CITA 37. Amor desatado

Aunque estuviese enfadada, la pasión que sentía por Eric era tan grande que nada podía impedir que le deseara.

Me besó dulcemente y fui yo quien se abalanzó sobre él devorando su boca. Nos quitamos la ropa con rapidez. Se sentó en la cama y me atrajo hasta él.

«Tú eres la única mujer que yo deseo», me dijo. Sentí que temblaba de satisfacción.

Me senté sobre él y nos mecimos en un baile incesante y profundo, lento y enérgico. Así era Eric. Y así había descubierto que era yo también. Nos compenetrábamos perfectamente y nos completábamos el uno al otro. Nunca había creído en la media naranja, pero...

«Dime que confías en mí», me pidió. «Sí», le dije. Confiaba...

Se levantó de la cama conmigo en brazos y me apretó contra la pared mientras entraba en mí desesperado. Había algo más que buen sexo entre nosotros. Como un lazo invisible que nos unía, disfrazado de deseo y de ansia por amarnos.

Mientras me agarraba fuertemente a su cuello para que no me soltara, mientras me devoraba con su boca y disfrutábamos de nuestros cuerpos sudorosos y pegados, en mi mente surgió una pregunta: ¿Era amor lo que sentíamos?

No había duda. El amor se había desatado entre nosotros. Yo amaba a Eric como no había amado nunca a otro hombre. Y Eric me amaba a mí.



CITA 38. Un nuevo amigo

«Me gustan tus botas», dijo. Me desnudé. «Póntelas de nuevo», me pidió. ¡Así que vamos a cabalgar!, pensé divertida.

Con las botas hasta mis muslos, me paseé desnuda por la habitación. «Bonito tatuaje», dijo Dexter.

Me colocó unos clamps en los pechos. «Tranquila, no dolerá.» Cogí las cuerdas y le pedí: «Átame». De nuevo Almodóvar en acción y yo volvía a ser la protagonista.

Tumbada, me ató las manos y los pies, dejándome completamente expuesta a ambos. Dexter tiró de la cadenita y mis pechos reaccionaron endureciéndose al instante.

Sentí que introducía un juguete y me dediqué a disfrutar de lo que me hacía. Eric gozaba mirándonos. Después, se intercambiaron y fue él quien entró en mí, mientras su amigo disfrutaba de la visión de nuestro placer.

Dexter ordenaba y nosotros obedecíamos sus órdenes. Los tres formábamos un engranaje sexual, en el que cada pieza encajaba y cumplía su cometido perfectamente.

Me desataron y Dexter siguió ordenando. Me acerqué a él para que disfrutara de mí a su antojo.

«¿Te gusta ser nuestro juguete?», preguntó. Me encantaba... Sentir que iban a hacer conmigo lo que quisieran era mi mayor fuente de placer.

¿Estaría dispuesta a admitir en el grupo a algún amigo más?



CITA 39. Exámenes finales

Eric me describía lo que pensaba hacerme si invitábamos a otro amigo. Se paraba en cada detalle mientras abría mis piernas con las manos y yo sentía el aire fresco.

Mi sexo respondía con entusiasmo a sus deseos imaginados que aún no se habían hecho realidad. ¿Qué sería lo que nos quedaba aún por hacer? ¡Pensaba que ya lo habíamos hecho todo!

«¿Quieres jugar a eso, Jud?», me preguntó.

Eric comenzó a ordenar. Se intercambiaban los papeles. Yo servía a dos hombres. Hacía lo que me pedían sin rechistar. ¡Y me gustaba!

Me pidió que le diera los juguetes a Dexter. Éste me los puso mientras se deleitaba mirando mi tatuaje. «Quiero tocarlo», dijo. Le dejé hacerlo. ¡Cómo no! Estaba deseándolo.

Sabía que a Dexter le ponía a cien verme desnuda con las botas cubriendo mis piernas hasta los muslos.

Comenzó a acariciarme por delante. Cerré los ojos disfrutando de sus caricias. Sentir las manos de otro hombre tocándome delante de Eric hizo aflorar placeres insospechados en mí.

Me sentía capaz de todo. Si antes había sido una buena alumna en el sexo, ahora me veía capaz de superar a mi maestro.

Él me miraba sin descanso. Me sentí como si estuviera examinando mi comportamiento. ¿Estaría aprobada?



CITA 40. El cielo es el límite

Me di la vuelta y me agaché para que Dexter pudiera colocarme la joya. «Precioso», dijo.

Estaba muy excitada. Su juego intensificó mi excitación hasta un límite que no había conocido antes.

«Ofrécemela, Eric», pidió Dexter, acalorado y anhelante. Aquél atendió sus órdenes con rapidez. Pasó sus manos bajo mis muslos y los abrió para su amigo.

Yo deseaba que Dexter disfrutara de mí, lo esperaba ansiosa, pero no pude aguantar su retraso y busqué yo misma mi placer con mis manos, provocándoles aún más a los dos.

Dexter retiró mis manos decidido a entrar en mí con un juguete. Le dejé hacer. No podía esperar para experimentar sus juegos.

Le pedí más y comenzó a deleitarse con su boca hasta hacerme llegar casi al clímax. Su maestría me hizo gritar. Era un sabio del placer.

Hasta entonces no había conocido a un hombre que supiera hacerme gozar tanto como Eric. Dexter era otro maestro.

Las convulsiones aumentaron y me desbordé. «Eres exquisita», dijo.

Había disfrutado como nunca, pero sentía que uno de nosotros no jugaba con las mismas cartas.



CITA 41. Jugando con las mismas cartas

No podíamos permitir que uno de nosotros no disfrutara de la misma forma. Nos ocupamos de ayudar a Dexter a que pudiera hacerme el amor con un arnés. «¡Cuánto tiempo sin verme así!», rió.

Me senté sobre él y le dije: «Ahora tú». Utilicé el mando a distancia para conseguir la potencia que quería, mientras él comenzaba a jadear sintiéndose un hombre completo.

Nuestro baile se intensificó y yo sentí que iba a explotar, pero no quise acelerarme. Quería alargar nuestro placer al máximo.

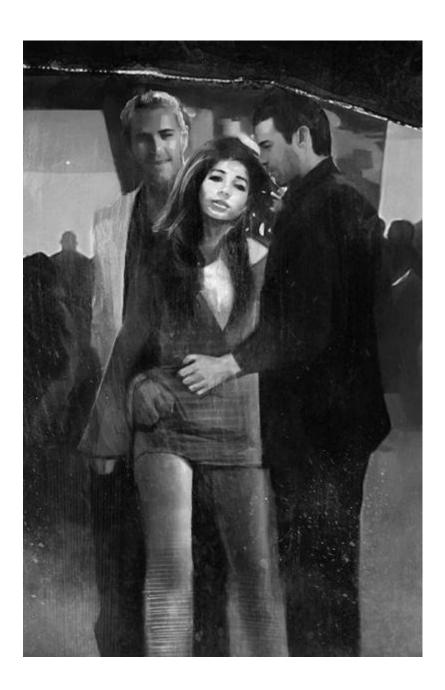
Eric nos observaba sin interferir, pero en su mirada podía ver que su deseo aumentaba al mismo tiempo que el nuestro. ¡Y yo disfrutaba tanto regalándome a ellos!

Dexter comenzó a jadear y vi su rostro que se tensaba. Yo continuaba haciendo uso del mando a distancia mientras él entraba y salía de mí con satisfacción. Más fuerte, más rápido, más intenso...

Los cambios en su rostro me indicaron que llegaba su momento. «¡No pares!», le grité. No habría podido parar aunque se lo hubiese pedido.

El momento se acercaba y unos gemidos intensos salieron de su boca. Entonces, me dejé llevar y ambos alcanzamos la cima al mismo tiempo.

Ahora sí habíamos jugado los tres con las mismas cartas.



CITA 42. Solos en la oscuridad... ¿O no?

Michael Bublé cantaba *Cry me a river*. Bailamos a oscuras mientras Eric me besaba.

Sentí unas manos que me agarraban de la cintura y no eran las de mi amor.

«Suena nuestra canción, preciosa», escuché. Era Björn. Me sentí feliz porque él también estuviese allí. Le había echado de menos.

Durante unos momentos bailamos los tres como ya habíamos hecho antes una vez. Sentí las manos de los dos recorriendo mi cuerpo hasta que Eric me arrancó el tanga. «Aquí no lo necesitas», exclamó.

Björn me dio la vuelta y quedé desnuda frente a él. Comenzó a besarme. El cuello, las mejillas, la nariz... Al llegar a la zona prohibida, mis labios, frenó sus besos.

Eric me subió el vestido y, desnuda, sentí sus cuerpos que se apretaron contra el mío.

El cuarto oscuro empezó a llenarse de gente. Björn se alejó y de nuevo nos quedamos solos Eric y yo. «Quiero hacerte de todo. ¿Estás dispuesta?», me preguntó. De nuevo comenzó a describirme sus fantasías, todo lo que pensaba hacer conmigo aquella noche.

Comencé a excitarme al escuchar su voz. Sentí unas manos suaves alrededor de mi cintura y recordé que no estábamos

precisamente solos.



CITA 43. ¿Dispuesta a jugar?

Las manos de una mujer me acariciaban. Me pregunté si sería ella con la que Eric deseaba verme aquella noche.

Sus manos pequeñas y suaves recorrieron mi piel y después quisieron acariciar a Eric. Ambas lo hicimos. Llevé sus manos hacia él y, juntas, empezamos a darle placer.

Eric se dio la vuelta y me besó de nuevo, acariciándome a mí, mientras permitía que ella le acariciase a él.

Nuestros dedos se chocaban en la oscuridad. Seis manos que querían abarcarlo todo y a todos.

Eric me sacó de la habitación dejando allí a la mujer. No era ella. Mientras nos dirigíamos a la barra, vi a Björn y a Dexter jugando con otra. Habría querido ser yo. ¿Tan pronto me habían re mplazado?

En la barra, Eric pidió bebida para los dos. Mi amor me acarició el rostro y me susurró: «Te quiero».

Me ofreció un taburete y me senté. Me presentó a unos cuantos amigos, mujeres y hombres. Charlamos con ellos hasta que me pidió: «Abre las piernas».

Lo hice sin importarme si los demás podían verme. Al contrario, me excitaba saber que sería así.

Una mujer comenzó a acariciarme lentamente. «Ella va a ser la que juegue contigo esta noche», afirmó Eric.

La mujer se alejó diciendo que nos esperaba en otra habitación. Eric me miró. «¿Estás dispuesta a jugar?»



LA CARICIA DE EROS

 ¿Sabes que existen muchon lugares dedicados al arte de practicar orgias? Te animo a que los descubras por ti misma. Eso si, jhanlo en compañiai

2. Además de espacios especiales para practicar el sexo en grupo, existen también grupos que se reúnen asiduamente en lugares distintos, siempre con la máxima discreción. Es un modo diferente de

 ¿Sabes que existen muchos lugares dedicados al arte de practicar
 Jugadores.

Jugadores.

> 3. Siati y atu pareja os gusta disfrutar de la compañía sexual de otros jugadores, estupendo. El juego está servido. Pero no os cividéis el uno del otro para que no surjan emociones negativas: celco, enfados, majentendidos, reproches... Recordad que seguis siendo dos entre la mul-

CITA 44. La reina de la fiesta

«No te muevas», me dijo. Sobre la pared se proyectaba una película porno.

Vi una cama redonda, un sillón, una encimera y una ducha. Todo para nosotros, pensé.

Eric comenzó a besarme mientras mirábamos la película. La mujer de antes entró en la habitación. En sus manos llevaba un juguete doble. Yo ya lo había utilizado, me dije.

«Ahora vienen», exclamó. No supe a quiénes se refería pero me dio igual, sólo esperaba que no tardasen mucho. ¡Quería empezar a jugar!

Sobre la encimera, comenzaron a saborearme los dos a la vez hasta que ella decidió probar el juguete. Comencé a disfrutar... ¡Por fin!

La mujer se subió a la encimera también e hizo lo mismo con su lado del juguete. Sobre mí, como si fuera un hombre, empezó a poserme con un ímpetu asolador.

Después, Eric me llevó a la cama y entró otro hombre. Le pregunté: «¿Soy tu mujer, verdad?» Él asintió. Quería estar segura.

Era el momento de decidir mi propia fantasía y quería ver cómo se entregaba a las manos de otro hombre. No parecía muy dispuesto a complacerme, pero al final, accedió y disfrutó como nunca.



CITA 45. Sin nadie más

Dexter entró junto a otro hombre. «Diosa, hazme disfrutar», me dijo. Encantada, pensé. Aunque no estaba dispuesta a dejar tan pronto el mando.

Eric se sentó a observar. Quizá podía permitir que él mandase de nuevo, pero sólo un poco.

Jefrey, un nuevo compañero de juegos, se puso sobre mí. Sentir su calor me incitaba a dejarme hacer lo que quisiera. Decidió poserme y yo se lo permití sabiendo que Eric nos miraba.

Después, otro hombre decidió poserme también. ¡No podía pedir más! Pero, había más...

Eric, a mi lado, no dejaba de mirar la escena mientras un hombre le hacía gozar con la maestría de sus labios. Compartíamos el gozo de ser poseídos al mismo tiempo.

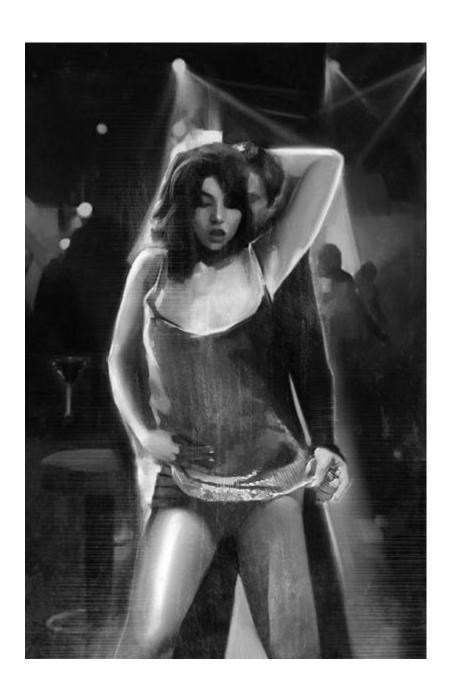
Ver a Eric disfrutando con otro hombre me provocaba todavía más.

Nuestras miradas se cruzaron mientras nos dejamos llevar, hasta gritar a la vez.

Tras el fin, Eric me cogió y me llevó con él a la ducha. «¿Todo bien?», preguntó como hacía siempre. Esta vez, quizá debía preguntárselo yo...

Nuestras bocas se necesitaban y se anhelaban, y se juntaron en un profundo beso. Queríamos más y lo tuvimos.

Susurramos palabras excitantes y nos agarramos mutuamente, como si no quisiéramos despegarnos nunca.



CITA 46. Luna de miel

Rumor de olas y margaritas bien fresquitos... «¿Aquí?», le pregunté. «Chis...», me dijo, y continuó haciendo de las suyas bajo mi falda.

La gente bailaba a nuestro alrededor. ¡Menuda luna de miel! Empezaba a ponerse interesante, pero... ¿y si nos sorprendían en plena acción?

«Tranquila...», me dijo. Lo intenté, pero... ¡estábamos en la terraza del hotel!

Sus dedos continuaban avanzando bajo mi tanga. «¿Te gusta?» ¡Cómo no! Me encantaba todo lo que mi marido me hacía. Sonreí al pensar que ya estábamos casados. ¡A veces se me olvidaba!

«No te muevas», exclamó, «así no se darán cuenta». ¡Vaya! ¿Encima no podía moverme? Pensé que estaba loco.

Quería gritar como una loca.

Adivinando mis pensamientos, me dijo: «¡Vamos!» Y corrimos a la playa, buscando la oscuridad para amarnos sin límites.

Nos besamos y nos desnudamos con rapidez, escondiéndonos en el chiringuito que estaba cerrado de noche. Desde allí, se escuchaban las voces alegres de la gente.

«Saboréame», le pedí. Y Eric lo hizo como sólo él sabía hacerlo, con la locura de su pasión desbordada.

«Me vuelves loco», me dijo. Sentí que no podía ser más feliz.



CITA 47. ¡Feliz aniversario!

Quería sorprenderle con una sabrosa tarta para celebrar nuestro primer mes de casados. Pero algo, mucho más sabroso, nos esperaba a los dos.

Me cogió y me colocó sobre él. Nos besamos de nuevo como locos. Su aliento al despertar era igual de dulce que al anochecer.

Mordió mis labios como solía hacer, volviéndome loca de nuevo. Me abrazó con mayor intensidad. Quería más y yo lo sabía. Nos dejamos llevar por la pasión hasta que me tumbó sobre la cama y... ¡adiós al pastel!

Pero no era el momento de hacerse el remilgado. Eric me dio la vuelta y comenzó a comer pastel directamente en mi trasero. «¡Ahora quiero mi tarta!», aseguró divertido.

Me di la vuelta. Tenía ganas de seguir jugando. Cogí un trozo y me pringué los pechos, después el ombligo, y por último...

Eric siguió degustando la sabrosa tarta sobre mi cuerpo, lamiéndome sin contemplaciones, saboreándome con fruición y alevosía.

Comencé a retorcerme de placer al sentir su lengua y sus labios en mí.

Sus dedos acariciaron mi cuerpo, pringándose de nata y bizcocho, hasta encontrar recovecos con sabor a chocolate.

Le vi morderse los labios deleitándose con el dulce sabor. No había duda. La tarta me había salido buena.



CITA 48. Juntos de nuevo

«Björn, te esperamos», dijo Eric. Yo sabía lo que eso significaba y lo deseaba. El agua del jacuzzi no estaba tan caliente como mi interior.

Nuestro amigo no tardó en llegar. Sentí sus dedos tocándome, apoderándose de mí, y me encantó.

Ambos volvieron a hacerme suya bajo el agua. Me tenían entre los dos, estaba en sus manos. Pero esta vez no iba a ser como las otras. Había una sorpresa esperándome.

«Doble», dijo Eric. No supe a qué se refería hasta que sentí los dedos de Björn que abrían mis labios.

Tras unos instantes, sentí que ambos estaban dentro de mí. Y creí enloquecer...

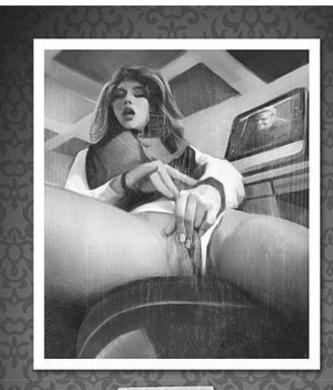
Me pedían que hablara, que les expresara mi placer, pero me sentía completamente muda ante el enorme gozo que me proporcionaban.

¡Una sensación de placer colosal se apoderó de mí! «¡No paréis!», acerté a decir.

Estaba entre los dos y supe que no podría alcanzar un placer mayor que el que estaba sintiendo en aquel momento.

El sonido de las burbujas del jacuzzi amortiguaba nuestros gritos de satisfacción. Dos hombres y una mujer amándose al mismo tiempo. A la vez, nos desbordamos y gritamos sin límites.

Por fin estábamos los tres juntos de nuevo...



LA CARICIA DE BROS

- La tecnología no sólo sirve para el trabajo, también para el placer.
 Date una vuelta portu buscador habitual y verás todo lo que encuentras para jugar enline. Estamos en el siglo xx., ¡Aprovéchalo!
- 2. ¿Relaciones a distancia? ¡Eso era antes! Ahora tenéis la tecnologia a vuestra disposición para acercaros:móvilos, tabletas, portátilos... ¡Ya no tenéis que esperar a encontraros personalmente para practicar sexo!
- 3. ¿Te apetece jugar con desconocidos? Internet es el sitio adecuado. Eso si, si no quieres darte a conocer, ve con cuidado y no des pistas. Limitate al terrono sexual para no meterte en lios y disfrutar al máximo, sin riesgos.
- 4. Si por el contrario, te apetece panar a la acción de forma presencial, apúntate a la última tendencia. Encuentro sexual con un desconocido en la habitación de un hotel. ¡Tú decides!

CITA 49. Sexo online

«Desnúdate para mí», me dijo Eric desde la pantalla del ordenador. Se me hacía raro que nos habláramos así, pero la tecnología estaba de nuestra parte.

Comenzó a describirme lo que él veía en su imaginación. Varios hombres me miraban junto a él, mientras yo, tumbada en la cama, esperaba a ver quién sería el primero en pose rme. Su imaginación era una máquina de excitación para mí.

Me pidió que me tocara. Mis dedos volaron por mi cuerpo, parándose en las zonas más erógenas de mi piel.

Cerré los ojos y empecé a imaginar... Tres hombres querían apoderarse de mí.

Le pedí que se tocara él también. Verle acariciarse me ponía a cien. ¡También sabíamos jugar a distancia!

«¿Te gusta cómo me miran esos hombres?», le pregunté siguiéndole el juego.

Le pedí que siguiera dándose placer a sí mismo mientras yo le veía en la pantalla, deseosa de estar a su lado, pero disfrutando de nuestro sexo online.

De nuevo fui yo quien empezó a describirle lo que me hacían, él y otro hombre, en mi imaginación. Le gustaba, lo sentía, lo veía en cada movimiento de su cuerpo y en cada gesto de su rostro.

Su placer era mi placer... ¿Sería la tecnología nuestra nueva compañera de juegos a partir de ahora?



CITA 50. Apagando tu fuego

«¿Ha llamado a los bomberos?» Se sorprendió al verme con aquel uniforme gigante, pero comenzó a incendiarse por dentro. Apagaría su fuego, pero esta vez iba a ser especial.

¡Empieza el espectáculo! Tom Jones comenzó a cantar *Sex bomb* y el ritmo se apoderó de mi cuerpo.

¡Fuera la chaqueta! ¡Fuera el casco! Me contoneé. Eric se deleitaba con mi baile espontáneo. ¡No dejaba de mirarme!

Mi ritmo aumentaba mientras el deseo se apoderaba de ambos. *You're my sex bomb*.

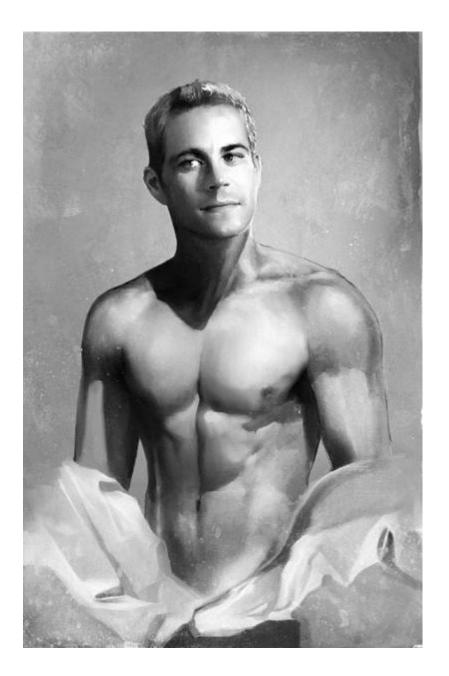
¡Fuera el cinturón! ¡Fuera los pantalones! ¡Me creí una auténtica stripper!

Me tocó, me besó, me mimó. «¡Eres una pequeña bomba sexual!» Me sentó sobre él, en el jacuzzi. El agua caliente rozaba mis senos abultados. Sí, era una bomba sexual.

No podía aguantar más, estaba deseando apagar su fuego y el mío. ¡Quería sexo! Me sentía como un bosque completamente incendiado y necesitaba agua para apagar mis llamas, que ardían sin remedio.

Pero Eric quiso que nos lo tomáramos de forma relajada. Sabía por qué.

Durante nueve meses, habría algo muy importante que cuidar entre nosotros. Mejor dicho, habría algo muy importante entre nosotros, para el resto de nuestra vida...



© del texto: Mar Cantero, 2013

© ilustraciones del interior: Vandrell, 2013 Los números de las páginas se refieren a la edición en papel (n. del e.)

© Scyla Editores, S. A., 2013 Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) Libros Cúpula es marca registrada por Scyla Editores, S. A. Coedición con Timun Mas Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2013

ISBN: 978-84-480-1829-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

This file was created with BookDesigner program bookdesigner@the-ebook.org 21/11/2014